

La medición de la calidad de vida mínima: una aproximación económica

Miguel Ángel Malo - Carlos García Serrano

El bienestar humano constituye uno de los principales objetos de estudio de la teoría económica. Una de las estrategias más comunes para abordar el estudio del bienestar es la medición de la calidad de vida mínima. El presente trabajo expone algunas aportaciones recientes a la definición de los llamados indicadores de pobreza y las pone en relación con el nuevo concepto de exclusión social.

1. Introducción

La creencia social más generalizada es que los economistas son profesionales en el estudio del dinero. Nada más lejos de la realidad: prácticamente todos los estudios económicos son relevantes en la medida en que tratan de sus repercusiones sobre el bienestar humano (bien individual bien social). Al fin y al cabo, la pieza básica sobre la que se levanta el edificio de la teoría económica neoclásica dominante (y algunas de las heterodoxas) es la función de utilidad, que, en el lenguaje económico, representa el bienestar del individuo.

Hasta tal punto el bienestar se encuentra en el foco de atención del análisis económico que el análisis de la calidad de vida mínima, entendida como pobreza, ha sido uno de los temas más tratados desde los economistas clásicos (Adam Smith, David Ricardo, John Stuart Mill, etc.). Algunos de los textos más brillantes de estos primeros economistas trataban precisamente de las leyes inglesas de pobres y si realmente iban a ser útiles para reducir el nivel de pobreza. Como es lógico a lo largo de dos siglos la reflexión sobre la pobreza ha ido cambiando y evolucionando en función tanto de los cambios

sociales como de los avances en la posibilidad de realizar mediciones empíricas del problema de la pobreza y de las recomendaciones de política económica para luchar contra la pobreza.

Aún a riesgo de ser simplificador en exceso se pueden destacar dos grandes líneas de investigación económica sobre la pobreza: la dedicada a definir y establecer indicadores de pobreza; y la dirigida a elaborar explicaciones del comportamiento de los pobres. Aquí hemos optado por centrarnos en la medición, ya que, en definitiva, las posibilidades de aplicación empírica de los conceptos económicos y sociológicos es lo que determina su verdadero alcance y nos permite conocer su verdadero potencial explicativo. En la siguiente sección, se pasa a revista a los puntos de vista adoptados en la medición de la pobreza como carencia de ingresos, que es la principal línea de aproximación económica. En ella se discuten los tres principales tipos de indicadores: indirectos, directos y de “consenso” (que combinan los dos anteriores). Después, se hace una breve mención a un tema relacionado con la calidad de vida mínima que ha aparecido en los últimos años, que es el de la exclusión social y hacemos una referencia breve a los intentos de medición de este fenómeno. Finalmente, una sección de conclusiones resume los principales puntos del artículo.

2. La medición de la pobreza

2.1. ¿Qué entendemos por pobreza?: Un reto teórico y empírico

Tradicionalmente, la pobreza se ha enfocado como un problema de carencia de ingresos que impedían alcanzar una calidad de vida mínima y la principal línea de investigación teórica (entroncada en la Economía del Bienestar) ha tratado de definir qué tipo de características básicas debían cumplir los indicadores de pobreza. Como la pobreza se entiende como un problema de bajos ingresos, entonces los indicadores de pobreza se definen a partir de la cuantificación de esos ingresos (bien en cuanto a su origen bien en cuanto a su destino final en forma de consumo). En la actualidad, existe un acuerdo generalizado en torno a que cualquier indicador de pobreza debería contar básicamente con las tres características siguientes (Sen, 1995):

Debe permitir un recuento de los pobres.

Debe permitir conocer la profundidad de la pobreza, es decir, cómo de lejos está cada pobre de salir de la pobreza.

Debe tener en cuenta la distribución de los ingresos dentro del grupo de los pobres. Así, si se hiciera una transferencia de renta desde una persona pobre a otra menos pobre el indicador de pobreza debería reflejar un empeoramiento de la situación.

Pero al igual que sucede en otras ramas del análisis económico existe una considerable distancia entre estas reflexiones teóricas dentro del ámbito de la Economía del Bienestar y las mediciones de la pobreza que de hecho se realizan, ya que el análisis empírico se suele limitar a establecer (con diferentes criterios) un umbral de ingresos por debajo del cual se considera que una persona es pobre. Así pues, en la práctica sólo se suelen usar indicadores que cumplan la primera característica (permitir un recuento de los pobres). No obstante, como vamos a estudiar a continuación el establecimiento de un umbral para contar a los pobres genera por sí solo una gran cantidad de problemas de medición.

2.2. Los indicadores de pobreza utilizados en las investigaciones empíricas

Existe una amplia gama de indicadores que se han propuesto en la literatura para fijar una línea de pobreza que permita contar cuántas personas están por encima y cuántas por debajo de dicho umbral. A continuación vamos a estudiar en qué consiste cada uno de esos indicadores (para una visión panorámica, puede consultarse Callan et al., 1991, y Martínez y Ruiz-Huerta, 1999). Todos ellos pueden agruparse de forma más general en indicadores indirectos (los que pretenden aproximar el nivel de recursos, siendo de carácter unidimensional, como la renta o el gasto), indicadores directos (los que pretenden cuantificar las condiciones de vida, siendo esencialmente multidimensionales) e indicadores que son una combinación de ambos.

2.2.1. Los indicadores indirectos

Estos se centran en el acceso de los individuos o los hogares a diferentes tipos de recursos. Si un individuo tiene unos recursos equivalentes a los de la línea de la pobreza, dicho individuo tendrá la capacidad para consumir un mínimo de alimentos, vestido, vivienda, etc. El que efectivamente consuma dicho mínimo no es, por tanto, la cuestión central. Lo importante es que disponga de la capacidad (de los recursos económicos) para poder hacerlo. Dicho de otra forma:

el modo concreto en que el individuo utilice sus recursos no es lo relevante; lo que importa es que si tiene los medios suficientes para no estar en la pobreza, dicho individuo no es clasificado como pobre, independientemente de lo que indique la observación directa de sus condiciones de vida.

Los indicadores indirectos se apoyan en el supuesto de que existe una relación muy fuerte entre el nivel de recursos (como quiera que se mida) y las condiciones de vida factibles o alcanzables. Evidentemente, si dicha relación no existe o es débil (incluso en el supuesto de que los recursos pueden medirse de forma correcta), la aplicación de los indicadores indirectos a la medición de la pobreza conducirá a una ordenación de los individuos o los hogares desde la riqueza extrema hasta la pobreza extrema que no reflejará la ordenación real. Esta es quizá la principal limitación de este enfoque, especialmente si se tiene en cuenta que los indicadores utilizados son sólo aproximaciones imperfectas al verdadero nivel de recursos de los individuos o los hogares o si la capacidad de convertir recursos en niveles de vida se ve afectada por elementos que resultan difíciles de valorar (Sen, 1983). Por tanto, la medición de los recursos económicos puede servir como un indicador imperfecto de la pobreza.

Los indicadores indirectos más habitualmente utilizados para medir la pobreza son la renta y el gasto. La renta puede medirse de diversas formas: renta de los factores (sin tener en cuenta los impuestos ni las transferencias), renta personal (después de transferencias sin contar los impuestos) y renta disponible (una vez considerados tanto los impuestos como las transferencias). En cualquier caso, la renta monetaria del hogar se ajusta según el tamaño del mismo a través de las escalas de equivalencia.

La gran ventaja que presenta la medición de la pobreza mediante el indicador de renta es principalmente su sencillez. Existen numerosas bases de datos que contienen información sobre el nivel de renta individual o familiar, de modo que resulta relativamente sencillo obtener un umbral de renta que separe a los pobres de los no pobres. Normalmente se utiliza un porcentaje de la renta media o mediana de la sociedad. La idea es que es poco probable que aquellos que se encuentran a una cierta distancia por debajo de la media puedan participar de forma completa en la vida de la comunidad. Este tipo de enfoque es el que se denomina "relativo" y es el que se ha adoptado en una serie de estudios tanto por la OCDE (Organización para

la Cooperación y el Desarrollo Económico) como por la Unión Europea.

La renta (o el enfoque “relativo”) tiene una serie de limitaciones importantes¹. En primer lugar, resulta sumamente difícil estimar correctamente los recursos económicos de los individuos o los hogares. Es evidente que deben efectuarse una serie de supuestos sobre los recursos que deberían incluirse en el análisis y sobre cómo valorarlos. Por ejemplo, la renta monetaria excluye los componentes no monetarios que pueden afectar al nivel de vida. Dentro de este grupo pueden incluirse diversos tipos de ingresos en especie (producción agrícola para el autoconsumo, comidas gratuitas, cesión de vehículos, etc.) y las prestaciones que se derivan de los servicios públicos (educación, sanidad, etc.). Todos estos elementos pueden alterar las condiciones de vida asociadas a un determinado nivel de ingresos, pero resultan difíciles de valorar, por lo que no suelen incluirse en la medición de la pobreza.

Otro elemento que excluye la renta monetaria es la riqueza. Esta es una fuente de recursos que se pueden sumar a los ingresos corrientes, afecta al nivel de vida durante un período de tiempo posterior al momento de la adquisición de los bienes que la integran y constituye una garantía que facilita el acceso al crédito.

Además, existen problemas de subestimación de la renta monetaria en las encuestas, lo cual se puede deber tanto al intento consciente de los encuestados de ocultar rentas como al olvido inconsciente de los ingresos efectivamente obtenidos. La utilización de fuentes alternativas para conocer los niveles “reales” de ingresos de los individuos u hogares no resuelve necesariamente el problema, como ha puesto de manifiesto Hallerod (1995). Este autor compara los datos de renta recogidos en encuestas y los datos de renta que se derivan de los registros fiscales para el mismo grupo de hogares en Suecia en 1992. El resultado es que se da un enorme desajuste. Utilizando el 50 por ciento de la renta media como línea de pobreza obtiene que con el primer tipo de datos el porcentaje de pobres es el 13.2 por ciento y con el segundo tipo de datos dicho porcentaje

¹ Aparte del problema conceptual relacionado con el hecho de que cualquier mejora en la renta del colectivo de los pobres que sea equiparable a la del resto de colectivos queda excluida de la medición de la pobreza, ya que el porcentaje de pobres continuaría siendo el mismo. De igual forma, una reducción de la prosperidad que incluso lleve a más gente a la miseria no se reflejará en un aumento de la pobreza si el panorama relativo no ha cambiado.

es el 7.7 por ciento. Sin embargo, el problema más serio es que dichos hogares no son los mismos: sólo un 5.4 por ciento son clasificados como pobres de acuerdo con los dos tipos de datos, mientras que casi un 8 por ciento lo son de acuerdo con los datos de encuesta únicamente y más de un 2 por ciento lo son de acuerdo con los datos de registros únicamente. Por tanto, la elección de la fuente de datos no sólo afecta a la tasa de pobreza que se estima sino también al colectivo de hogares que son clasificados como pobres.

Otro problema vinculado con la utilización de la renta monetaria como indicador de pobreza es que habitualmente el período de referencia es un mes o un año. Esto plantea la cuestión de si los ingresos durante un período de tiempo tan corto pueden considerarse un buen indicador de los recursos y de las condiciones de vida corrientes. Puede pensarse que el ahorro o el desahorro efectuado en periodos anteriores condicionará la capacidad de consumo y, por tanto, el nivel de vida, asociados a un nivel de ingresos dado. Por otra parte, hay determinados colectivos (agricultores autónomos, etc.) cuyas rentas sufren alteraciones significativas a lo largo del tiempo, sin que su nivel de vida cambie de forma tan acusada. Dichas variaciones transitorias también se encuentran relacionadas con el momento del ciclo vital en que se encuentra el individuo.

El otro indicador indirecto que suele emplearse para medir la pobreza es el gasto de consumo del hogar. Las ventajas y los inconvenientes que este indicador tiene frente a la renta monetaria son los siguientes. Por un lado, desde un punto de vista teórico, se argumenta que el consumo actual se encuentra más vinculado a la renta a largo plazo que los ingresos corrientes. En esta línea, la ya clásica teoría de la renta permanente de Friedman (1957) nos dice que un individuo racional no variará sus pautas de consumo ante una caída transitoria de sus ingresos (y por tanto no tiene por qué disminuir su bienestar). En contra de este razonamiento podría argumentarse que si los individuos hacen frente a restricciones de liquidez (y esto puede ser especialmente cierto para aquellas personas con riesgo de caer por debajo de la línea de pobreza, aunque sólo sea durante un período) entonces un comportamiento racional consiste en que el consumo sigue totalmente a la renta y las variaciones de renta al traducirse en variaciones de consumo alteran significativamente el bienestar (aunque sólo se esté durante un período bajo la línea de pobreza). Ahora bien, la más reciente teoría del ahorro preventivo (Carroll, 1994) arroja dudas sobre la importancia de las restricciones de liquidez, ya que los individuos que prevean que pueden sufrir

restricciones de acceso al endeudamiento para suavizar el perfil del consumo respecto de la renta tienen fuertes incentivos para generar un colchón por sí mismos frente a las malas rachas (las variaciones transitorias negativas de sus ingresos): el ahorro materializado en una serie de activos. Los individuos con mayores probabilidades de experimentar periodos futuros de renta nula tendrán precisamente más incentivos para ahorrar y acumular activos².

Por otro lado, desde un punto de vista práctico, los datos de gasto parecen ser más fiables que los datos de renta puesto que son menos susceptibles de ser objeto de subestimación. Sin embargo, los datos de gasto de las encuestas también tienen problemas de medición, ya que en muchos casos se trata de estimar el gasto anual a partir de los registros semanales o mensuales. En este caso, existen elementos que alteran dicha relación, como son las variaciones estacionales o el efecto “gran compra” (véase Peña y Ruiz-Castillo, 1998).

Un tipo de indicadores que se encuentra a medio camino entre los indicadores indirectos de renta y los de gasto es el que proponen el enfoque del presupuesto estándar (budget standard approach) y el método de la proporción de alimentos (food-ratio method).

El enfoque del presupuesto estándar consiste en especificar y presupuestar una dieta nutricionalmente adecuada. Adicionalmente, los gastos no alimenticios se pueden incorporar mediante la especificación y el presupuesto de dichos elementos (vestido, vivienda, etc.) o mediante la multiplicación del gasto alimenticio “básico” por un factor que refleja la relación entre gasto alimenticio y no alimenticio que se considera deseable. Este método posee aparentemente una serie de atractivos. En primer lugar, los gastos requeridos se calculan de un modo objetivo y científico. En segundo lugar, permite establecer un umbral de pobreza con una cesta fija de bienes y servicios la cual representa los elementos necesarios para la vida. Por tanto, viene a fijar una línea “absoluta” de pobreza, que puede ser evaluada a lo largo del tiempo sin más que actualizar el valor de la cesta teniendo en cuenta los cambios de precios.

Este enfoque presenta, sin embargo, una serie de problemas. En primer lugar, existe un evidente elemento de “juicios de valor” que debe ser tenido en cuenta. Primero, se trata de establecer los bienes

² El estudio sobre la relación entre la pobreza y la acumulación de activos basada explícitamente en la teoría del ahorro preventivo se debe principalmente a Hubbard et al. (1994 y 1995).

y servicios que tienen que incluirse en la cesta y la cantidad de los mismos. Incluso cuando se trata de los alimentos, los estudios nutricionales no permiten una estimación precisa de lo que es estrictamente necesario en términos biológicos. Para otro tipo de gastos, las “necesidades” (definidas por los expertos) pueden basarse más en criterios sociales vigentes más o menos implícitos (y no necesariamente compartidos por el conjunto de la sociedad o por los propios pobres), y esto puede introducir un elevado grado de arbitrariedad.

El método de la proporción de alimentos (food-ratio method) se basa en la observación de que la proporción de la renta que se gasta en alimentos disminuye a medida que la renta aumenta. De este modo, es posible establecer un umbral que separe a los pobres de los no pobres bien en términos de la fracción gastada en alimentos bien en términos del nivel de renta al que se gasta dicha fracción. Aunque se trata de un método que tiene como atractivo la simplicidad, presenta una serie de problemas. Uno de ellos es la definición de lo que debe incluirse en los gastos de alimentación (o necesidades, de forma más amplia): ¿debe incluirse todo tipo de comida –por ejemplo, el caviar– y excluirse otros bienes o servicios que pueden ser más necesarios? Otro problema tiene que ver con la cuestión de si los umbrales deben cambiar con el tiempo: ¿deben indicarse con los precios al consumo o tienen que revisarse a medida que los patrones de consumo y gasto cambian? En este caso, ¿con qué frecuencia? Es evidente que es muy difícil contestar a estas preguntas sin hacer referencia a los valores que sostienen los diferentes miembros de la sociedad.

2.2.2. Los indicadores directos

Estos indicadores se basan en la observación de las condiciones de vida actuales de los individuos o los hogares. Ahora, la pobreza se mide en relación con los resultados no con los recursos económicos, es decir, una vez que los recursos se han transformado en condiciones de vida. Esto significa que los indicadores directos evitan algunos de los problemas relacionados con los enfoques indirectos, aunque sufren de otros inconvenientes como veremos.

La utilización de indicadores directos tiene que ver con una visión de la pobreza según la cual ser pobre consiste en tener carencias en una serie de ámbitos (alimentación, vivienda, relaciones sociales, actividades de ocio, etc.) que se consideren relevantes dentro de una sociedad y en un momento del tiempo. Por tanto, se trata de

una aproximación multidimensional. En este sentido, el esfuerzo principal consiste en crear indicadores de privación multidimensionales consistentes en actividades o bienes que socialmente son considerados como necesidades. Estos indicadores representan la posición de los hogares en los distintos ámbitos antes mencionados y permiten una agregación de las carencias experimentadas en los mismos.

La construcción de índices de privación fue iniciada por Townsend (1979). Este autor utilizó una encuesta que contenía sesenta preguntas sobre condiciones de vida, de las cuales seleccionó un conjunto de doce indicadores. Contando uno para cada bien/actividad no poseído/deseado, construyó un índice sencillo de privación que proporcionaba el número de dimensiones en las que un individuo sufría privación. Townsend indicó que una puntuación de cinco o seis o más sugería privación. Sin embargo, no utilizó el indicador para identificar los pobres. Lo que hizo fue relacionar el indicador de privación con el nivel de renta, puesto que su hipótesis era que existía un nivel de renta por debajo del cual las carencias se acumulaban y los individuos quedaban excluidos de la participación en las costumbres y las actividades aprobadas por la sociedad. Ese sería el umbral de pobreza.

Los supuestos principales de este enfoque son, por tanto, dos. Por una parte, se presupone una fuerte relación entre renta y condiciones de vida. Por otra parte, se cree que a partir de cierto umbral de renta, se produce un aumento desproporcionado de las carencias. En la medida en que estos dos supuestos no se cumplan, el procedimiento anterior llevará a una medición errónea de la pobreza.

Además, se han hecho toda una serie de críticas al trabajo realizado por Townsend, críticas que pueden agruparse en tres categorías. La primera tiene que ver con la elección de los indicadores para construir los índices de privación, ya que dicha elección se realizó en el estudio de una forma ad hoc. Además, el grado de arbitrariedad requerido por parte del investigador se ha mencionado como un problema añadido (Veit-Wilson, 1987).

La segunda crítica se relaciona con el papel de las diferencias en los gustos y las preferencias. Las diferencias observadas en las condiciones de vida pueden atribuirse (al menos en parte) a diferencias en las preferencias y en los "estilos" de vida de los individuos más que a las diferencias en el nivel de los recursos. Sin embargo, este enfoque supone implícitamente que las normas sociales y culturales determinan y restringen los estilos de vida. Se supone que la ma-

yoría de los individuos que no alcanzan lo establecido por la sociedad es “forzada” a ello en contra de su propio deseo y, por tanto, es excluida del estilo “normal” de vida. Sin embargo, es imposible medir todos los posibles tipos de factores que influyen en las condiciones de vida de los individuos. Un individuo podría ser clasificado como pobre simplemente porque ha preferido utilizar sus recursos en aspectos no incluidos en el indicador directo de pobreza. Por tanto, una objeción importante a este tipo de enfoques es que los patrones de consumo actuales pueden estar reflejando tanto las preferencias como las restricciones.

Por último, otra crítica tiene que ver con el procedimiento utilizado para inferir el umbral de renta derivado de los índices de privación. Townsend representó la moda del índice de privación de diferentes grupos de renta y el logaritmo de la renta (como porcentaje del Supplementary Benefit, que es el umbral “oficial” de pobreza británico –el nivel de ingresos utilizado por el sistema de ayudas asistenciales–). Se puede cuestionar tanto el uso de ambos indicadores como el hecho de que no se presentan tests estadísticos.

En un intento de superar las críticas anteriores al enfoque de los índices de privación, Mack y Lansley (1985) desarrollaron un tipo de enfoque que cabría denominar como de consenso “directo”. En este caso, la pobreza se define como la carencia involuntaria de una serie de necesidades definidas socialmente. Estos autores siguieron dos pasos consecutivos para medir la pobreza definida de este modo. Primero, trataron de identificar los bienes y las actividades que constituyen un consumo necesario. Segundo, trataron de identificar a quienes, debido a la falta de recursos, no pueden tener esos elementos necesarios.

Para desarrollar la primera etapa del estudio, se elaboró una larga lista de bienes y servicios y se pidió a los entrevistados que indicaran para cada uno de ellos si creían que se trataba de una necesidad. En la segunda parte, los entrevistados se enfrentaron a la misma lista de bienes y servicios y tuvieron que decir si poseían/hacían cada tipo de bien/actividad. En caso negativo, debían indicar si no los tenían porque no podían comprarlos o porque no querían. La idea era distinguir entre quienes habían elegido no consumir una serie de bienes o servicios y quienes involuntariamente no podían consumirlos debido a falta de recursos.

De esta forma, Mack y Lansley trataron de resolver el problema de la selección de los indicadores y la influencia de las preferencias dejando que ambas cuestiones fuesen, en la medida de lo posible,

determinadas por la población (por los entrevistados). Los indicadores recogían los elementos que la mayoría consideraba necesidades y eran los propios individuos los que indican la razón de no tener un elemento dado.

La distinción entre pobres y no pobres se realizó de forma arbitraria, considerando pobres a quienes carecían involuntariamente de al menos tres de los catorce elementos considerados. Esta decisión de elegir arbitrariamente un nivel del índice de privación “directo” ha recibido muchas críticas. A pesar de suponer un intento de mejorar el enfoque de los índices de privación, el trabajo de Mack y Lansley muestra las dificultades vinculadas al mismo: la elección de los elementos incluidos siempre está sujeta a arbitrariedad, el tratamiento de las diferencias en las preferencias y los estilos de vida dista de ser satisfactorio (existen inconsistencias en los datos entre lo que los individuos dicen que pueden o no permitirse y lo que de hecho se permiten -véase Piachaud, 1987) y no hay justificación teórica sobre la forma de ponderar las distintas dimensiones del índice agregado de privación (¿igual peso para todos los elementos o distinto peso según la distancia respecto a la moda o según la proporción de la población que los considera necesarios? -véase Desai y Shah, 1988, y Hallerod, 1995).

Aparte de los indicadores de consenso “directos”, también se han propuesto indicadores de consenso “indirectos”. Este tipo de enfoque también se basa en la idea de que la pobreza tiene que ver con las condiciones de vida predominantes en una sociedad en un momento del tiempo. La idea es tratar de medir las opiniones que existen en la sociedad sobre las necesidades mínimas de renta y basar el umbral de pobreza en dichas opiniones. Existen algunos trabajos en los que se explora la forma en que la línea de pobreza puede sustentarse en las evaluaciones de los individuos sobre diferentes niveles de renta y la relación entre estas evaluaciones subjetivas y el bienestar (Goedhart et al., 1977; van Praag et al., 1980; Kapteyn et al., 1985). En las distintas variantes, se pregunta a los individuos: cómo clasificarían niveles específicos de renta para una lista de familias hipotéticas de distinta composición; la renta que necesitarían familias hipotéticas para alcanzar diferentes niveles de bienestar; cómo se sienten acerca de su propio nivel actual de renta; qué niveles de renta considerarían, en sus propias circunstancias, que son “muy malos”, “malos”, etc., hasta “muy buenos”; o qué renta consideran que es la mínima para llegar ellos mismos a final de mes.

Si se toma esta última, por ejemplo, se supone que la respuesta a esa pregunta de renta mínima es una función de la renta actual del entrevistado, de su tamaño de hogar y de otras variables demográficas y socioeconómicas. Mediante técnicas de regresión y utilizando datos de encuestas, se estiman los coeficientes correspondientes a dichas variables y se obtiene la línea de pobreza. Para un tamaño de hogar determinado, ésta sería el punto donde, en media, la renta actual es igual a la renta mínima necesaria establecida.

Este enfoque consensual “indirecto” tampoco carece de dificultades, bien de orden conceptual bien de orden práctico. En cuanto a las primeras, debe mencionarse la forma en que las respuestas a las preguntas antes planteadas pueden interpretarse. La relación entre “llegar a final de mes” y lo que los entrevistados entienden por “pobreza” es incierta. Tampoco está claro que individuos distintos interpreten “llegar a fin de mes” de la misma forma. Además, el umbral de pobreza no se obtiene a partir de un consenso democrático sobre lo que debería ser un mínimo irrenunciable sino que tiene más que ver con una media de las opiniones de los entrevistados. Es evidente que las opiniones de los pobres, de la mayoría, de los contribuyentes y de los ricos no coincidirán, y el que prevalezca una u otra dependerá de la distribución del poder en la sociedad (Piachaud, 1987).

Dado que resulta bastante difícil imaginar una situación de pobreza sin ninguna referencia a las condiciones de vida existentes en una sociedad dada y en un momento histórico y que los juicios de valor y la ideología surgen inevitablemente cuando se trata de seleccionar un patrón contra el que medir la pobreza, una definición consensual de la pobreza representa un intento de desplazar los juicios de valor inherentes desde los investigadores hacia la opinión pública. Esto no significa que los investigadores no tienen nada que decir. Al contrario, son éstos los que deciden el tipo de definición (directa o indirecta), qué elementos incluir, etc. Además, los indicadores indirectos permiten a los individuos decir algo sobre el nivel de la línea de pobreza, mientras que los indicadores directos utilizan la opinión de los individuos para valorar la importancia de distintos tipos de consumo. La importancia de los enfoques consensuales reside, por tanto, en que, aunque la influencia de la opinión pública sea limitada, los indicadores son relativos con respecto a las condiciones de la sociedad y, por tanto, reflejarán la pobreza como un fenómeno social de una forma adecuada (Hallerod, 1995).

2.2.3. La combinación de indicadores directos e indirectos

A partir de los trabajos de Ringen (1987, 1988), se abrió el debate sobre las limitaciones de utilizar de forma separada los indicadores directos y los indirectos, así como la posibilidad de emplear conjuntamente ambos tipos. Según dicho autor, la mayoría de los estudios de la pobreza en los países industrializados que siguen el enfoque convencional son incoherentes puesto que definen la pobreza de forma directa (en términos de bajas condiciones de vida en relación con lo aceptado por la sociedad) y la miden de forma indirecta (utilizando la renta monetaria). De esta forma, se estaría empleando en la medición empírica un indicador que no se justifica mediante la definición teórica de la que se parte.

Esta falta de conexión entre el concepto de pobreza y el indicador que se utiliza para su medición no sólo se argumenta desde una perspectiva metodológica sino también desde el punto de vista de que la renta no es un buen indicador del bienestar y del nivel de vida. Ringen propone, para ser coherente con la definición de la pobreza que se defiende, utilizar simultáneamente los indicadores del nivel de recursos y de condiciones de vida. El emplear por separado ambos plantea no sólo problemas metodológicos sino también prácticos. Los indicadores indirectos (la renta) no tienen necesariamente una relación directa con el nivel de vida, de forma que si esto es así se clasificarán como pobres a personas cuyas condiciones de vida son mejores que otras clasificadas por encima del umbral (debido, por ejemplo, a que su nivel de vida procede de otro tipo de recursos –la riqueza, la producción en el hogar, etc.–). Por otra parte, los indicadores directos plantean el problema del aislamiento de la influencia de las preferencias y los estilos de vida cuando no se tienen en cuenta los recursos, de forma que pueden quedar encuadrados como pobres individuos con rentas por encima del umbral que elijan patrones de consumo bajos.

Por tanto, la propuesta de Ringen consiste en utilizar como complementarios los indicadores directos e indirectos con objeto de medir la pobreza definida de forma tanto directa como indirecta, es decir, como los individuos que quedan excluidos de las condiciones de vida aceptadas en la sociedad porque sus recursos son escasos. De este modo, los pobres serían quienes tienen un bajo nivel de vida y un bajo nivel de ingresos. Si ser pobre significa quedar excluido de la sociedad, esto será visible en el modo en que viven los pobres, y esto quedará cubierto por el criterio de consumo bajo. Al incluir el

criterio de renta baja, quedan excluidos de la categoría de pobres quienes tienen unas condiciones de vida bajas por otras razones distintas de la escasa renta (por sus preferencias, por ejemplo). También quedarían excluidos de dicha categoría quienes tienen escasa renta pero no sufren privaciones en el consumo porque tienen otros recursos para el consumo (o porque la medida de la renta es incorrecta). En conclusión, esta propuesta de combinar indicadores directos e indirectos debería contribuir a identificar la población pobre de forma más coherente y precisa.

A partir de la propuesta de Ringen, surgieron una serie de trabajos empíricos que trataron de analizar la relación entre los indicadores indirectos como la renta y los directos como el nivel de vida (Hutton, 1991; Callan, et al., 1993; Hallerod, 1995). Este último plantea un análisis empírico de la pobreza en Suecia empleando una combinación de los indicadores directos e indirectos de consenso. Como este autor pone de manifiesto, el método "directo" proporciona un índice de privación que permite medir el grado de dificultades materiales de los individuos, pero no proporciona una línea de pobreza que distinga los pobres de los no pobres. Sin embargo, la definición "indirecta" resulta más conveniente para producir dicho umbral de pobreza. De este modo, combinando ambos indicadores de consenso, podría llegarse a una medición de la pobreza más adecuada. Las ventajas serían las siguientes. Primero, los individuos o los hogares clasificados como pobres tendrían rentas que la mayoría de la gente considera bajas, insuficientes para llegar a fin de mes, etc. Segundo, dichos individuos u hogares tendrían unas condiciones de vida bajas en relación con el consumo de lo que socialmente se consideran necesidades. Tercero, los individuos o los hogares con rentas por debajo del indicador "indirecto" pero que tienen acceso a otros recursos y que, por tanto, tengan unas condiciones de vida medias o altas no serán clasificados como pobres. Y finalmente, la influencia de las preferencias queda minimizada: los individuos o los hogares con recursos económicos por encima del indicador "indirecto" pero que han elegido gastar su dinero en elementos no incluidos en la lista de bienes y servicios o en actividades no necesarias por la mayoría de la población no serán clasificados como pobres.

3. ¿Más allá de la pobreza?: La exclusión social.

Recientemente, el término “exclusión social” se ha popularizado tanto en el lenguaje político como en el de los investigadores sociales. Aunque en un primer momento la generalización de este término pareció haber un intento explícito por parte de la Comisión Europea de plantear el problema de la pobreza con un eufemismo menos negativo. No obstante, el paso del tiempo permite afirmar que aunque esa fuera la intención política original, sí que existe un fenómeno llamado exclusión que no se identificaría con la mera carencia de ingresos.

En esta línea, se encuentra toda una escuela de análisis de origen francés que está interesada en la pobreza como conjunto de fenómenos que suponen la acumulación de todo un conjunto de carencias que provocan finalmente la falta de una participación plena en la sociedad. Así pues, a partir de la constatación de la pobreza como realidad multidimensional que es más que una cuestión monetaria se desemboca en el concepto de exclusión social.

Así, la exclusión social se analiza en términos de la denegación (o no realización) de algunos derechos sociales y se centra en el estudio de temas relacionales como participación social inadecuada, falta de integración social y falta de poder. Es un análisis de los patrones y procesos de desventaja en términos de educación, formación, empleo, vivienda, recursos financieros, etc. En resumen: se trata del análisis estático y dinámico de las disparidades en la distribución de las oportunidades vitales.

Pero al contrario que en la medición de la pobreza, los intentos de medición de la exclusión son muy dispersos y heterogéneos³, sin que pueda vislumbrarse a corto plazo ninguna tendencia hacia algún consenso. Lo único que parece común a todos los intentos es la utilización de una batería de indicadores de forma simultánea, a fin de recoger la multidimensionalidad inherente a la exclusión. Seguramente el problema para conseguir un acuerdo en los procedimientos de medición y en la batería de indicadores que deben estimarse se

³ Room (1995) agrupa una serie de investigaciones con diferentes propuestas de medición, la mayoría de ellos prácticamente incompatibles entre sí. Una investigación que trata de proporcionar un intento sistemático de medición es la de Callan, et al. (1993). García Serrano, Malo y Rodríguez Cabrero (2000) realizan un intento de medición con datos españoles a partir de conceptos teóricos económicos y sociológicos.

debe a la carencia de una teoría de la exclusión social aceptada por buena parte de los investigadores. La falta de consenso en la reflexión teórica tiene su reflejo en esos intentos de medición dispares y difícilmente asimilables entre sí.

4. Conclusiones

La aproximación económica al tema de la calidad de vida ha tendido a centrarse en el mínimo aceptable de dicha calidad de vida, es decir, en el análisis de la pobreza. Aunque la reflexión teórica desarrollada dentro de la Economía del Bienestar aconseja la utilización de indicadores que incluyan varias características básicas en las investigaciones empíricas ha primado la consideración de una sola de esas características: el recuento de los pobres, ya que este aspecto por sí solo es una compleja cuestión con ramificaciones muy diversas.

Se han presentado tres tipos de indicadores: directos, indirectos y de consenso. Ninguno de ellos está libre de problemas conceptuales, pero entre todos ellos permiten realizar mediciones que nos informan sobre la evolución del número de personas que tienen una calidad de vida por debajo del mínimo considerado en cada sociedad. No debe preocuparnos el que cada indicador nos arroje un valor concreto de ese mínimo diferente, sino si la evolución a lo largo del tiempo de las mediciones conseguidas con cada uno de esos indicadores es semejante o no. Mientras todos ellos nos proporcionen evoluciones temporales semejantes sabremos que probablemente estamos cometiendo un error de medición pero que al menos ese error no varía a lo largo del tiempo.

5. Referencias

- CALLAN, T., NOLAN, B. y WHELAN, C.T. (1993): "*Resources, deprivation and the measurement of poverty*", *Journal of Social Policy*, 22(2): 141-172.
- CARROLL, C. (1994): "*How does Future Income Affect Current Consumption?*", *Quarterly Journal of Economics*, 109, 111-147.
- DESAI, M. y SHAH, A. (1988): "*An econometric approach to the measurement of poverty*", *Oxford Economic Papers*, 40(3): 505-522.

- FRIEDMAN, M. (1957): *A Theory of the Consumption Function*, Princeton University Press.
- GARCÍA SERRANO, C., MALO, M.A. y RODRÍGUEZ CABRERO, G. (2000): "Un intento de medición de la vulnerabilidad ante la exclusión social", documento de trabajo del CSIC, disponible en <http://www.iesam.csic.es/doctrab/dt-0013.htm>.
- HALLEROD, B. (1995): "The truly poor: direct and indirect consensual measurement of poverty in Sweden", *Journal of European Social Policy*, 5(2): 111-129.
- HUBBARD, R., SKINNER, J. y ZELDES, S. (1994): "Expanding the Life-Cycle Model: Precautionary Saving and Public Policy", *American Economic Review (Papers and Proceedings)*: 84(2), 174-179.
- HUBBARD, R., SKINNER, J. y ZELDES, S. (1995): "Precautionary Saving and Social Insurance", *Journal of Political Economy*, 103 (2), 360-399.
- HUTTON, S. (1991): "Measuring living standards using existing national data sets", *Journal of Social Policy*, 20(2), 237-257.
- MACK, J. y LANSLEY, S. (1985): *Poor Britain*, Allen and Unwin, Londres.
- MARTÍNEZ Y RUIZ HUERTA (1999)
- PEÑA, D. y RUIZ-CASTILLO, J. (1998): "The estimation of food expenditures from household budget data in the presence of bulk purchases", *Journal of Business and Economic Statistics*, 16(3).
- PIACHAUD, D. (1987): "Problems in the definition and measurement of poverty", *Journal of Social Policy*, 16(2), 147-164.
- RINGEN, S. (1987): *The possibility of politics*, Clarendon Press, Oxford.
- RINGEN, S. (1988): "Direct and indirect measures of poverty", *Journal of Social Policy*, 17(3), 367-374.
- ROOM, G. (1995): *Beyond the threshold. The Measurement and Analysis of Social Exclusion*, The Policy Press, University of Bristol, Bristol.
- SEN, A. (1983): "Poor, relatively speaking", *Oxford Economic Papers*, 35(1), 153-169.
- SEN, A. (1995): *Nuevo examen de la desigualdad*, Editorial Alianza, Madrid.
- TOWNSEND, P. (1979): *Poverty in the United Kingdom*, Penguin Books, Harmondsworth.
- VEIT-WILSON, J. (1987): "Consensual approaches to poverty lines and social security", *Journal of Social Policy*, 16, 183-211.

Enero 2001